

Revista de la CEPAL

Secretario Ejecutivo
Norberto González

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Desarrollo Económico y Social*
Gert Rosenthal

*Secretario Ejecutivo Adjunto de
Cooperación y Servicios de Apoyo*
Robert T. Brown

Secretario Técnico
Adolfo Gurrieri



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE
SANTIAGO DE CHILE, AGOSTO DE 1986

SUMARIO

Nota	7
Raúl Prebisch 1901-1986. <i>Anibal Pinto.</i>	9
Exposición del Dr. Raúl Prebisch en el vigesimoprimer período de sesiones de la CEPAL.	13
La juventud latinoamericana entre el desarrollo y la crisis. <i>Germán Rama.</i>	17
La juventud argentina: entre la herencia del pasado y la construcción del futuro. <i>Cecilia Braslauský.</i>	41
Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros. <i>Felicia Reicher Madeira.</i>	57
Ausencia de futuro: la juventud colombiana: <i>Rodrigo Parra Sandoval.</i>	81
Juventud chilena y exclusión social. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	95
La radicalización política de la juventud popular en el Perú. <i>Julio Cotler.</i>	109
Los jóvenes y el desempleo en Montevideo. <i>Rubén Kaztman.</i>	121
La juventud de los países del Caribe de habla inglesa: el alto costo del desarrollo dependiente. <i>Meryl James-Bryan.</i>	135
Meditaciones sobre la juventud. <i>Carlos Martínez Moreno.</i>	155
Juventud popular y anomia. <i>Javier Martínez y Eduardo Valenzuela.</i>	173
La juventud como movimiento social en América Latina. <i>Enzo Faletto.</i>	185
La juventud universitaria como actor social en América Latina. <i>Henry Kirsch.</i>	193
Publicaciones recientes de la CEPAL.	205

Los jóvenes en el Brasil: antiguos supuestos y nuevos derroteros

*Felicia Reicher Madeira**

La autora examina la situación de los jóvenes en el marco de las profundas transformaciones que han tenido lugar en el Brasil en las últimas décadas. Tres son los aspectos que más le interesan. Primero, la ocupación y, dentro de este tema, la evolución del empleo, los salarios y la forma en que la crisis afecta a estos procesos. El hecho más destacado en este plano es el rejuvenecimiento en la PEA urbana a partir de los años setenta como consecuencia del aumento de la tasa de participación juvenil, lo que contradice las suposiciones convencionales en el sentido que la modernización produciría el efecto contrario. Segundo, la educación, donde subraya que los niveles educacionales en dicho país están bastante retrasados con relación al progreso observado en el campo económico; en efecto, es muy grande la proporción de jóvenes sin instrucción o con pocos años de escolaridad, sobre todo en las zonas rurales o de menor desarrollo relativo como el Nordeste. Finalmente, presta atención a la familia, donde repercuten de manera profunda los cambios que se producen en los otros ámbitos de la sociedad; en cuanto a la relación de los jóvenes con sus familias, tales procesos dan lugar a un complejo contrapunto entre solidaridad y conflicto.

*Consultora de la División de Desarrollo Social de la CEPAL.

Introducción

En los últimos treinta años en el Brasil, tal como en el resto de América Latina, ocurrió un proceso de cambios intensos que acarrearón profundas modificaciones cuantitativas y cualitativas en la estructura espacial, demográfica y social del país. Algunas de estas tendencias básicas podrían ser: el predominio de la ocupación asalariada, el aumento de los niveles de mercantilización de las relaciones de intercambio, la monetización de las relaciones de trabajo, el aumento progresivo de las ocupaciones urbanas, la tendencia a concentrar cada vez más los ingresos, la aparición de grandes desequilibrios regionales y el progreso de las oportunidades educativas.

El decenio de 1970 aportó como novedades la aceleración de estas tendencias y el surgimiento de otras nuevas, entre las que se destacan el incremento de los jóvenes y las mujeres en la población económicamente activa de las ciudades, la penetración intensa de los medios de comunicación de masas y la difusión por su intermedio de nuevas pautas de consumo, así como la generalización del crédito al consumidor. A partir del decenio de 1980, sin embargo, el país entra en un período de recesión caracterizado en general por un mayor desempleo en los sectores dinámicos, aumento del subempleo y deterioro del nivel de vida de la clase trabajadora.

Se ha dedicado un volumen ya importante de trabajos a comprender cómo se llegó a estas nuevas configuraciones. Para ello se utilizan las estadísticas oficiales y se toma como referencia un conjunto de variables socioeconómicas "clásicas", tales como ingreso, ocupación, zona residencial, nivel de enseñanza, etc.

En la mayor parte de dichos trabajos no suele tenerse en cuenta la especificidad que introducen en este conjunto de variables "clásicas" ciertos grupos delimitados biodemográficamente, como los varones jóvenes, las mujeres jóvenes y las mujeres adultas, que, cada uno a su manera, contribuyen a crear el nuevo ordenamiento social.

Sin especular mucho acerca de porqué tales aspectos se consideran secundarios o marginales (ciertamente, los argumentos son distintos para las mujeres adultas y los jóvenes de ambos sexos), se puede encontrar un punto de explicación

común: la poca importancia que se atribuye a la familia en la determinación de las condiciones de vida de la población.

En efecto, durante mucho tiempo, las relaciones familiares sólo fueron consideradas en los estudios de orientación más conservadora, y el análisis principal se limitó así a sus funciones ideológicas. Del lado progresista, la preocupación por las relaciones familiares se consideraba propia de investigadores contaminados por la ideología burguesa, por cuanto la problemática así formulada terminaba por ocultar la realidad de la lucha de clases.

En la información secundaria, se consideraban fundamentales los parámetros de la situación del hombre adulto, en general jefe de familia, sobre quien recaía toda la responsabilidad de la supervivencia biológica de la familia o del nivel de la vida familiar, cuando éste excedía el de la pura subsistencia.

Por una serie de caminos que terminaron por entrecruzarse, se llegó a una nueva perspectiva sobre la familia. Esta se transformó en un importante tema de estudio al destacarse el papel de la "actividad económica conjunta" de sus miembros para determinar el mantenimiento y la reproducción de sus condiciones de vida. Así legitimado, la solidaridad y la armonía entre los diferentes miembros terminaron por adquirir importancia en los análisis. Por otra parte, esta perspectiva, al reconocer el valor económico del trabajo doméstico, favoreció también el desarrollo de un debate provechoso acerca de la articulación del espacio productivo capitalista con la familia en su calidad de esfera de producción (que implica procreación y trabajo doméstico).

Aunque esta nueva forma de ver a la familia legitimó los estudios sobre el sentido económico de las actividades de la esposa, la cuestión de los hijos (niños o jóvenes) sigue prácticamente inexplorada. El análisis de la familia, examinado desde la perspectiva de estos últimos, suscita toda una gama de preguntas. Por ejemplo, si se la analiza como lugar privilegiado de la organización de la "estrategia de supervivencia familiar" o desde el punto de vista de la contribución de la mujer, lo que resalta es la dimensión de la solidaridad; vista desde la perspectiva de los jóvenes, lo que destacaría es en cambio el conflicto, o la relación entre conflicto y solidaridad. Si desde la mujer se nos empuja a debatir de inmediato la

relación entre trabajo productivo e improductivo, desde el joven es casi inevitable referirse al futuro, a la democratización de la escolaridad y, desde ahí, a la movilidad social, la manipulación de las aspiraciones, las frustraciones, etc.

La falta de estudios que tengan en cuenta la dimensión de los jóvenes bastaría, por sí sola, para justificar un trabajo sobre lo sucedido en el Brasil en el último decenio con la participación de este segmento de la población en la población económicamente activa. También puede considerarse oportuno el ejercicio si se piensa, que los patrones que surgieron durante el último decenio, con consecuencias fundamentales para definir los derroteros de la sociedad brasileña, afectan de manera especial a los jóvenes de ambos sexos.

Más aún, las últimas investigaciones realizadas destacan dos aspectos. El primero es la necesidad de relativizar, en los análisis de la inserción del niño y el joven en el mercado de trabajo, el valor de la perspectiva más frecuente, que tiende a subrayar la marginalidad y la pobreza, y comenzar a pensar analíticamente en el trabajo de estas categorías (como se hizo con el trabajo de la mujer) como parte integrante y estructural del proceso social de producción. El segundo es procurar ver las relaciones de trabajo y el sentido de la escolaridad no sólo desde el punto de vista del capital, como se hace generalmente, sino también desde la perspectiva del actor concreto de que se trata, es decir, el joven.

El presente trabajo se propuso realizar dos tareas básicas y complementarias: mostrar cómo se condicionó a los jóvenes para participar de las tendencias del mercado de trabajo durante este período, y para contribuir así a configurar los nuevos perfiles de la sociedad brasileña, y, en segundo lugar, ver cómo estos cambios terminaron por poner en marcha mecanismos de expansión o acceso a la identidad del joven.

Con este propósito, se analiza primero el concepto de identidad joven, para luego destacar el comportamiento específico de la población joven en las tendencias del mercado de trabajo en el último decenio.

La organización de los datos se basó en estadísticas oficiales de los censos demográficos (1970-1980) y la Encuesta Nacional de Hogares por Muestreo (Pesquisa Nacional por Amostra

de Domicilios, PNAD). Las informaciones presentadas se refieren siempre al país como conjunto y a dos polos: uno, el Estado de São Paulo, el más dinámico del país, y otro, el Estado de Pernambuco, que representa la zona que padeció los efectos más nocivos del estilo de desarrollo que predominó en el país durante el decenio de 1970. Con mucha frecuencia, echamos mano de informaciones que figuran en trabajos sobre la integración trabajo/escuela en el quehacer cotidiano de jóvenes paulistas, basados en referencias empíricas de índole cualitativa.

Siempre que se pudo, la información se desglosó por sexo, dada la diversa repercusión de los grandes cambios en cada uno de ellos. También se decidió subdividir los grupos de edades, considerando niños a quienes tienen entre 10 y 14 años, adolescentes a los de 15 a 19 años y jóvenes a los de 20 a 24, según la subdivisión de los censos. El mantenimiento de esta división corresponde a las importantes diferencias de responsabilidades (en relación con el trabajo, la escuela, el descanso, etc.) de cada uno de estos tramos de edades en los últimos años.

I

¿Qué es un "joven"?

En las manifestaciones de los medios de comunicación de masas, los partidos políticos y los sectores organizados de la sociedad con motivo del Año Internacional de la Juventud, se pueden distinguir dos variantes: o se habla de la juventud brasileña en general, o se insiste en las enormes diferencias entre los jóvenes. En este último caso, naturalmente, están las posturas de carácter más polémico.

"Por ello entendemos que no se puede hablar de juventud en general, sino que debemos caracterizar al joven a partir de sus condiciones de vida, de trabajo y de la clase a que pertenece. En ese sentido, el joven trabajador es aquel que pertenece a la clase obrera y comparte con ella condiciones de vida y trabajo" (Quem somos)¹.

Uno de los canales de televisión, durante algún tiempo, presentaba entrevistas relámpago a los más diversos tipos de jóvenes (obreros, vendedores ambulantes, *bóias-frias*², predicadores de sectas, y también a adultos) sobre qué era ser joven o vivir la juventud. No obstante la enorme diversidad de los entrevistados, vivir la juventud significaba, sobre todo, aprovechar un período transitorio de menor responsabilidad, ya fuera con el trabajo o la familia, y disfrutar al

máximo el descanso, con frecuencia "curtir un som"³, cortejar, practicar un deporte, parrandear con amigos, etc. En el fondo, el conjunto de testimonios demostraba una percepción social relativamente clara y generalizada de lo que es vivir el período de la juventud, no obstante diferencias enormes en las formas de participación en la sociedad.

Braslavsky (1985) traduce bien el sentido del conjunto de los testimonios al esbozar la noción de juventud tomando como referencia dos criterios. El primero distingue las etapas por las que atraviesan los seres humanos según su mayor o menor autonomía. En este sentido, lo que caracteriza al joven es un margen de autonomía mayor que el de los niños y menor que el de los adultos. Esto hace que los jóvenes oscilen entre dos tipos de comportamiento. Por una parte se perciben como capaces de realizar determinadas tareas y hacer frente a ciertos desafíos sociales, sentimiento que suele adoptar, con frecuencia, la forma de una "omnipotencia" personal y social. Otras veces manifiestan angustia, reconociendo así los límites internos y externos impuestos por la familia y la sociedad. En la práctica, el joven acaba con frecuencia por imprimir a las activida-

¹Documento preparado por el *Jornal Juventude Operária* para el Año Internacional de la Juventud.

²Asalariados rurales que viven en las zonas urbanas.

³Expresión propia de los jóvenes, que significa disfrutar al máximo de la música moderna y estridente.

des que ejerce, incluso las más reglamentadas —la escuela y el trabajo— un carácter “intermitente”, de idas y venidas, propio de quien no necesita socialmente enfrentarse a “toda” la responsabilidad. Ciertamente, este conjunto de rasgos distintivos de los jóvenes se encuentra en la base de otro elemento que siempre aparece en el discurso que caracteriza al joven: el conflicto con el mundo del adulto.

Un segundo criterio sitúa a la juventud como una etapa de transición entre la infancia y la vida adulta, transición que no se da en forma única; casi siempre se trata de una serie de cambios paralelos o consecutivos, que varían histórica y culturalmente. Las publicaciones científicas han considerado cinco formas de transición, que son las que reaparecen con más frecuencia en los testimonios y en consideraciones de sentido común: i) abandonar la escuela; ii) ingresar en la fuerza de trabajo; iii) dejar la familia de origen; iv) casarse y v) establecer una nueva unidad doméstica.

La tarea de esbozar un perfil del joven está lejos de tener un interés puramente teórico o académico. Es preciso que la problemática específica de los jóvenes se haga visible y socialmente reconocida, para que pueda pensarse en la formulación de políticas públicas destinadas especialmente a este sector de la población. Por otra parte, es indispensable tener presente este conjunto de rasgos para interpretar los resultados cualitativos o cuantitativos de las investigaciones, sobre todo porque tales resultados son, en última instancia, ayudas valiosas para formular políticas públicas en dos esferas sociales decisivas: la enseñanza y el mercado de trabajo. Las características propias de este agente social deben tenerse presentes, incluso al analizar informaciones oficiales, como las de los censos demográficos. De hecho, como se demuestra en el presente trabajo, al tener presentes estos conceptos se ponen en evidencia los criterios normativos o de motivación implícitos en las categorías censales, como por ejemplo la de desempleo e inactividad. El sesgo de la información oficial es un hecho ya ampliamente denunciado en los estudios sobre las mujeres; al analizarlo desde la perspectiva de los jóvenes, se descubren en él otras facetas.

La semejanza de la cuestión de los jóvenes con la de las mujeres no termina ahí. Ni el Estado

ni los empleadores dejan de tener conciencia de que los jóvenes se caracterizan por una autonomía sólo relativa, y por una menor responsabilidad. Se les califica de trabajadores de contribución secundaria en la familia y se les trata en forma bastante diferente de los agentes sociales adultos del mismo sector social, lo que en la práctica significa atribuir menor valor de mercado a un trabajo de mayor valor comparativo.

Puede decirse que actualmente existe en el Brasil un sector de la población que se caracteriza por cierto grado de homogeneidad, en razón de la autonomía relativa que disfruta y de la cual se percata. En otras palabras, se puede hablar de una identidad de los jóvenes, que impregna la sociedad brasileña como un todo. Sin embargo, esto no permite hablar genéricamente de la “juventud brasileña”, de la misma forma que no se puede hablar genéricamente del niño brasileño o la mujer brasileña. Los jóvenes están tan segmentado como la sociedad brasileña en conjunto. Se dividen por sexo; son rurales, urbanos o metropolitanos; son ricos, de medianos ingresos o pobres; son integrados o marginados; vienen del norte o del sudeste; son muchachos jóvenes, madres jóvenes, trabajadores, estudiantes o trabajadores y estudiantes. Naturalmente, cada una de las situaciones específicas que viven los jóvenes limita su capacidad, sus aspiraciones, los límites que los códigos sociales escritos y no escritos determinan, su nivel de conflicto y su mayor o menor responsabilidad.

Tomando como referencia la contraposición identidad/diferencias entre los jóvenes brasileños, a guisa de breve resumen y avance de conclusiones, podríamos decir que durante el decenio de 1970 un sector importante de la población joven pudo participar en forma más “moderna” en la sociedad, mediante el trabajo, la escuela o el ocio. No por ello han disminuido las distancias relativas y objetivas entre los jóvenes; sin embargo, las modificaciones durante ese período reforzaron la identidad de los jóvenes e incluso la hicieron extensiva a un sector más amplio de la sociedad. La expansión de las oportunidades de trabajo remunerado y de empleo formal refuerza las ambiciones y también la sensación de omnipotencia, y vuelve claramente más explícitos los conflictos entre las generaciones. La democratización de la escuela, junto con estimu-

lar las aspiraciones, suple las carencias de sociabilidad (sobre todo en el caso de las jóvenes); los medios de comunicación se encargan de crear símbolos visibles y claros de la identidad de los

jóvenes, y el sistema de "consumo" los vuelve asequibles, ya sea mediante una calidad inferior, un abaratamiento del producto o un sistema de crédito.

II

El trabajo: actividad de muchos jóvenes brasileños

1. *El empleo*

En el marco de referencia de la teoría de la modernización, se espera que durante el proceso de urbanización e industrialización los niños, adolescentes y jóvenes disminuyan tanto su tasa de participación como su proporción en el conjunto de la población económicamente activa (PEA). La razón es simple. Mientras mayor sea la proporción de la población en el sector primario, mayor será la utilización de mano de obra joven y de edad avanzada. Al proseguir el proceso de modernización va disminuyendo la disponibilidad de esta mano de obra, por cuanto, junto con la urbanización, se prolonga la escolaridad, se introduce la legislación laboral y mejora el sistema de seguro social.

En general, esta expectativa se cumplió en el Brasil hasta 1970. La sorpresa de los años setenta consistió en que algunas de tales tendencias se invirtieron; puede incluso decirse que una de las características del período fue un rejuvenecimiento de la PEA urbana.

Este solo hecho desmiente el paradigma de la teoría de la modernización: la evolución del proceso de trabajo y el sistema escolar en los años setenta ha sido más un estímulo que un obstáculo para la contratación de menores. En números absolutos, entre 1970 y 1980 el contingente de menores que trabajan (10 a 17 años) aumentó 41%. Si bien el porcentaje es inferior al del total del contingente de trabajadores, cuyo incremento fue de 48%, el aumento relativo se registró a pesar de la gran disminución de mano de obra rural, en la cual la proporción de menores es bastante alta. Si se considera sólo el mercado de trabajo urbano, se comprueba que su capacidad de absorción de mano de obra infantil, ado-

lescente y joven creció en 94%, mientras que la absorción de la mano de obra adulta aumentó en 85%.

Los datos al respecto se presentan en el cuadro 1. Antes de proceder a su análisis, cabe hacer dos consideraciones de carácter general. La primera dice relación con las diferencias entre hombres y mujeres en todos los grupos de edad, y demuestra que éstas se manifiestan desde muy temprano. La segunda se refiere a las expectativas de participación en el mercado de trabajo entre los diferentes subgrupos de estas categorías, que son muy parecidas en todo el país y que también presentan diferenciación por sexo.

Por ejemplo, en relación con la población masculina, se podría decir que en la población económicamente activa estaban cerca de la quinta parte de los niños, un poco más de la mitad de los adolescentes (entre 15 y 17 años), y las tres cuartas partes de los que habían cumplido la mayoría de edad legal⁴.

Sin embargo, agregados de esta manera, estos valores ocultan diferencias significativas entre situaciones polares: urbano/rural y São Paulo/Nordeste. En cuanto a los niños, sus tasas de participación son cerca de cinco veces mayores en las zonas rurales que en las zonas urbanas. También son mayores en Pernambuco, aunque en ambos polos han aumentado durante el decenio. En São Paulo, el valor pasó de 28.3% a 30.7% y en Pernambuco de 37.6% a 42.0%.

Las tasas urbanas, aunque más reducidas, se

⁴En el Brasil, hay diversas disposiciones jurídicas al respecto. Por ejemplo, en la legislación electoral y laboral, se es mayor de edad a los 18 años; en lo civil, sólo a los 21 años.

según la edad. Mientras la curva masculina disminuye sólo cuando el avance de la edad sugiere la proximidad de la jubilación, las tasas femeninas de participación suelen disminuir después de los 25 años, posiblemente por efecto del matrimonio y la maternidad. En el Brasil, al contrario de lo que sucede en países más adelantados, las mujeres no se reintegran a las actividades económicas una vez crecidos sus hijos.

El gráfico señala que las tasas de participación femenina son superiores en el grupo de los 20 a los 24 años, y luego disminuyen. Este patrón es válido para el país y para la zona urbana, pero no para el campo, lo que refleja tanto la estructura del empleo disponible para las mujeres en cada región, como las posibilidades que tienen de acceder al mercado en virtud de sus responsabilidades en la esfera reproductiva. La estructura más formalizada de los sectores económicos no agrícolas, con jornadas regulares de trabajo y separación clara entre el espacio familiar y el productivo, dificulta la conciliación entre las diversas actividades de las mujeres y provoca una disminución de sus tasas de participación cuando éstas cumplen funciones reproductivas. Por otra parte, dicho mercado de trabajo es más favorable para las jóvenes y las solteras, en parte también por prejuicios de los empleadores. En el campo, el perfil de edades de la participación femenina es más irregular y sugiere que la índole del trabajo que ahí se realiza permite mayor conciliación entre las innumerables responsabilidades de las mujeres. No pocas investigaciones revelan la concomitancia de actividades productivas y reproductivas, que la mujer ejecuta en casa, en el patio, en la pequeña huerta. Esta misma simultaneidad de ocupaciones lleva a la mujer muchas veces a declararse como no trabajadora y provoca una subestimación de los datos, como se observa más adelante (Bruschini, 1985).

Inicialmente es preciso destacar que los datos del cuadro 1 señalan que en el transcurso de los años setenta, la tasa de participación femenina juvenil total creció sustancialmente y pasó de un 1/5 en 1970 a 1/4 en 1980, mientras que la de los hombres de las mismas edades fue muchísimo menor. Al examinar la relación entre sexo y edad, puede observarse que entre los niños, las diferencias más marcadas se dan en las zonas rurales, donde la participación de las niñas es sólo un tercio de la de los niños. En cuanto a los

adolescentes (15 a 17 años), más de la mitad de los varones trabajaban; entre las adolescentes, la proporción no llegaba a un cuarto (21.4% en 1970 y 27.4% en 1980). En el caso de las adolescentes, la distancia entre el polo más desarrollado y menos desarrollado es enorme. En São Paulo, casi 40% de las adolescentes tenían algún trabajo remunerado en 1970, mientras que en Pernambuco la proporción no llegaba a 20%. Esta distancia entre los dos polos tiende a acentuarse considerablemente: en 1980, 43.4% de las adolescentes ya trabajaban en la zona paulista, en comparación con sólo 24.7% en la zona de Pernambuco. Entre las mujeres jóvenes, se matienen las diferencias entre los ámbitos rural y urbano, y los polos más y menos desarrollados.

Las tasas de participación de los jóvenes varones permanecieron estables durante los años setenta; en cambio, las mujeres jóvenes aumentaron su participación en el mercado de trabajo en general, tanto urbano como rural.

Si las tendencias de la evolución de la participación de las mujeres se examinan en el marco del contingente total de trabajadores, las conclusiones refuerzan lo que se comprobó en relación con los hombres: en las zonas urbanas y más desarrolladas, la fuerza de trabajo incorporó mayor proporción de jóvenes y mujeres. Los datos muestran que el dinamismo de la economía industrial, en franca expansión en los años setenta, incorporó aceleradamente a jóvenes adolescentes de ambos sexos y a mujeres casadas, ya que durante el mismo período, la fuerza de trabajo masculina creció muy lentamente.

Para tener un panorama más preciso de los factores que influyeron en este aumento porcentual de trabajadores jóvenes y mujeres adultas, es necesario considerar dos aspectos que se desprenden del modelo económico implantado en el país en el último decenio: uno que corresponde a un aumento "artificial" de trabajadores y otro a un aumento "real".

En el primer caso, la monetización de las relaciones de trabajo, en las que el trabajo asalariado se convierte en la forma más común y predominante de ocupación en el campo y en la ciudad, aumenta el número de personas registradas como trabajadores. El desarrollo del mercado nacional en el Brasil, conjuntamente con una mayor división social del trabajo, ha eliminado paulatinamente las posibilidades de producir pa-

refieren a números absolutos mayores y sus incrementos porcentuales fueron más importantes. En São Paulo, pasaron de 8.8% a 13.4% y, en Pernambuco de 4.3% a 11.7%.

Los trabajadores adolescentes no sólo son mucho más numerosos que los niños sino que también trabajan en condiciones muy diferentes. Son proporcionalmente más en São Paulo, y no en Pernambuco, y más en las zonas urbanas, cuyo ritmo de crecimiento es más vertiginoso.

Los adolescentes varones aumentaron su participación en las zonas urbanas: en São Paulo (53% a 63%) y en Pernambuco (35.6% a 49.4%). En la zona rural paulista, las cifras correspondientes sólo igualaron el crecimiento de la población y en Pernambuco incluso disminuyeron.

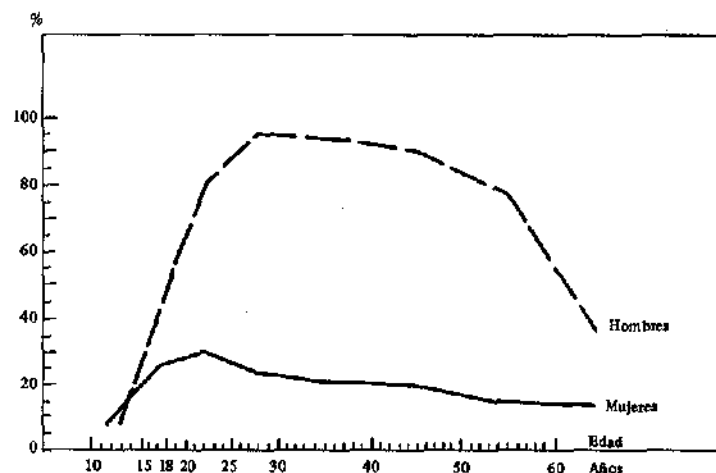
Resultó de interés distinguir entre los adolescentes mayores y menores de 18 años, límite de la mayoría de edad legal para el trabajo. Pudo apreciarse así que los mayores de esa edad aumentaron su participación. Al respecto cabe recordar que entre los 17 y los 18 años es muy difícil conseguir empleo: las empresas rechazan a los muchachos de esta edad, debido al servicio militar. Los jóvenes gozan además de una serie de ventajas laborales, y los patronos prefieren no cargar con esta legislación proteccionista.

Los jóvenes varones, en general, siguieron las tendencias de los hombres adultos, y los indicadores de participación en el mercado de tra-

bajo permanecieron relativamente estables en el conjunto del país y en las diferentes regiones. Las cifras sobre la participación de estas categorías de edad en el contingente total de trabajadores parecen contradecir la experiencia de los países desarrollados, cuyo paradigma de modernización postula una tendencia sistemáticamente descendente de la participación de los niños, adolescentes y jóvenes en la fuerza de trabajo a medida que avanza el proceso de desarrollo. Al respecto, en el país en conjunto disminuyó porcentualmente la participación de los niños y adolescentes en la población económicamente activa total; la baja fue menos acentuada entre estos últimos y la proporción se mantuvo prácticamente estable entre los jóvenes. Si se toma por separado la población rural y urbana, se comprueba en la primera una tendencia al decrecimiento o estabilidad en la participación de los niños (ésta pasa de 8.2% a 8.5%), adolescentes (9.2% a 9.5%) y jóvenes (14.8% a 14.4%). En la zona urbana, la participación se eleva en todos los grupos: los niños pasan de 1.8% a 2.6%, los adolescentes de 5.4% a 6.7% y los jóvenes de 15.5% a 17.3%.

Para entender las tendencias entre los niños, adolescentes y jóvenes de sexo femenino, es preciso tener en cuenta en primer lugar que la situación entre las mujeres es muy diversa, como lo demuestra el gráfico 1, en el que se comparan las tasas masculinas y femeninas de participación,

Gráfico 1
BRASIL: TASAS DE ACTIVIDAD DE HOMBRES
Y MUJERES SEGUN EDADES. 1970



Fuente: Bruschini (1985), con datos del Censo Demográfico de 1970 y del Perfil Estatístico de Crianças e Mães no Brasil, UNICEF, 1982.

Cuadro 1
BRASIL: TASA DE OCUPACION JUVENIL POR SEXO Y LOCALIZACION, 1970 Y 1980

Zonas de localización	Adolescentes											
	Niños		15-17				18-19		Jóvenes		Total	
	1970	1980	1970	1980	1970	1980	1970	1980	1970	1980		
<i>Hombres</i>												
<i>Brasil</i>												
Total	19.5	20.0	54.9	57.7	73.5	76.9	87.7	90.5	71.9	72.4		
Zonas urbanas	6.6	11.3	38.8	50.4	61.4	73.3	82.2	89.0	65.5	70.3		
Zonas rurales	33.4	35.6	73.4	72.2	87.0	85.0	94.6	90.0	80.1	78.8		
<i>São Paulo</i>												
Total	13.1	15.6	57.9	64.6	74.7	82.8	88.8	93.0	72.3	75.3		
Zonas urbanas	8.8	13.4	53.0	63.0	70.6	81.8	87.3	92.5	70.3	75.0		
Zonas rurales	28.3	30.7	74.0	74.7	88.9	90.1	94.7	97.0	80.0	79.5		
<i>Pernambuco</i>												
	15-19 ^a											
Total	20.1	24.4	57.3	60.4	—	—	86.2	87.9	71.0	69.7		
Zonas urbanas	4.3	11.7	35.6	49.4	—	—	77.2	85.2	58.1	64.5		
Zonas rurales	37.6	42.2	81.7	78.8	—	—	96.9	93.5	75.3	78.2		
<i>Mujeres</i>												
<i>Brasil</i>												
Total	6.5	8.4	21.4	27.4	27.3	37.1	27.7	38.5	18.2	26.6		
Zonas urbanas	5.6	7.1	25.0	30.1	34.6	43.4	36.3	45.7	22.3	30.8		
Zonas rurales	7.6	10.8	16.5	22.8	17.0	22.4	15.0	20.3	12.3	17.6		
<i>São Paulo</i>												
Total	9.0	10.0	37.2	43.4	42.3	53.6	38.8	48.8	23.0	32.6		
Zonas urbanas	9.1	9.2	39.3	43.9	46.9	57.0	43.4	51.5	25.5	34.2		
Zonas rurales	9.0	14.7	28.1	39.3	21.8	30.5	15.6	25.0	11.3	20.6		
<i>Pernambuco</i>												
	15-19 ^a											
Total	5.0	8.9	18.8	24.7	—	—	24.2	34.9	17.0	25.4		
Zonas urbanas	3.9	5.9	22.3	23.9	—	—	33.2	39.3	25.0	26.8		
Zonas rurales	6.4	13.6	14.0	26.0	—	—	12.7	25.5	12.2	22.7		

Fuente: 1970, tabulación especial: IBGE, *Perfil estatístico de mães e filhos*; Pernambuco, 1970, IBGE, *viii Recenseamento Geral - 1970*. Serie regional. Vol. 1, tomo x. Censo demográfico. Pernambuco, 1980, IBGE, *ix Recenseamento Geral do Brasil - 1980*. Censo demográfico.

^a No se dispone de datos por separado para los grupos de edades de 15 a 17 y de 18 a 19.

ra la autosubsistencia o para la comunidad local y ha obligado al trabajador a dedicarse a las actividades remuneradas como forma de sobrevivir. En consecuencia, durante el decenio se produjo un aumento grande de la salarización y de la monetización de los ingresos.

Como se sabe, el trabajo no remunerado tiende a subestimarse en los empadronamientos, sobre todo en los censos demográficos. Al comparar las diferencias entre los sexos, se comprueba que la subestimación de las mujeres es mucho más acentuada que la de los varones. En este sentido, la elevación de las tasas de actividad de los niños, jóvenes y mujeres en la zona rural puede corresponder en parte sólo a la monetización de las relaciones de trabajo.

En los datos aparece claramente que entre 1970 y 1980 hubo una baja de cuatro puntos porcentuales (16.7% a 12.6%) en la proporción de hombres que estaban en la fuerza de trabajo brasileña y no recibían la contraprestación monetaria correspondiente. Entre las mujeres, la caída fue aún mayor (47.2% a 38.9%). Como la proporción de no remunerados tiende a concentrarse en la población trabajadora infantil y joven, las bajas fueron más acentuadas en estos sectores. Naturalmente, en São Paulo, donde la destrucción de las antiguas formas de producción se debió a la actuación de un capitalismo mucho más vigoroso, la disminución de la proporción de trabajadores no remunerados también fue más acentuada, como lo demuestran los resultados comparados de los empadronamientos de 1970 y 1980. En el sector urbano de la economía, la participación de los trabajadores no remunerados ya era poco representativa en 1970, y prácticamente había desaparecido en 1980. En entrevistas realizadas en las encuestas sobre el terreno, se pudo comprobar que incluso los trabajadores familiares, es decir, los niños hijos de pequeños comerciantes, vendedores de ferias ambulantes, etc., exigían retribución por la colaboración que prestaban, fuese esta constante o esporádica.

Aunque interesa tener presente este aumento "artificial" en los niveles de participación de los llamados trabajadores secundarios, sin duda fue muy importante su aumento "real" que estuvo basado en el dinamismo de la economía industrial en franca expansión en el transcurso de los años setenta. Esta experiencia fue diferente a la

del conjunto de América Latina y la explicación más aceptada de ello es la siguiente: "al revés de lo sucedido en muchos otros países, el crecimiento de la economía brasileña no se detuvo después de la primera crisis del petróleo en 1973. Aunque hubo una disminución considerable en los ritmos de expansión, sobre todo si se compara con las tasas de crecimiento industrial de 15 a 20% de la época del "milagro económico", la política gubernamental de aumento de la deuda externa a fin de financiar grandes proyectos industriales y de desarrollo, permitió mantener el crecimiento industrial hasta el final del decenio. Las dificultades comenzaron a agigantarse a partir de la segunda crisis del petróleo de 1979, cuando el gobierno adoptó una política "ortodoxa" de restricción del crédito y el gasto público, para hacer frente a los problemas de inflación y de balance de pagos" (Humphrey e Hirata, 1984).

Si bien es cierto que el dinamismo de la industria y de los servicios creó centenares de miles de nuevos empleos en los sectores más activos, no absorbió completamente el gran excedente de la fuerza de trabajo expulsada de las regiones rurales. Este excedente aumenta, día a día, el contingente de subempleados ligados a los servicios de consumo personal y del pequeño comercio, a las pequeñas actividades manufactureras y de reparación, con baja productividad, y a los sectores no monopolistas de la construcción.

Un conjunto de indicadores nos muestra que los jóvenes participan en ambas modalidades de empleo generadas en ese proceso, lo que contradice también otra idea frecuente: la de un proceso continuo y sistemático, que acompaña al desarrollo económico, de utilización del trabajo infantil y juvenil como forma de participación limitada en las llamadas subocupaciones del sector informal.

Si se toma como base la evolución de la estructura, en la distribución del empleo por sectores de la economía entre 1970 y 1980 se observa de inmediato la presencia de un factor que afectó fuertemente la reubicación de todos los trabajadores, independientemente del sexo, la edad y el lugar de residencia: la pérdida de importancia del sector primario en la absorción de la mano de obra. Tal pérdida generalizada refleja, ciertamente, el proceso intenso de urbanización que vivió el país en el presente decenio. En efecto, no obstante todos los intentos de fijar a la población

en el campo, el Brasil, al final del decenio de 1980, se define como un país eminentemente urbano.

La transferencia de la población del campo hacia la ciudad deriva de una serie de factores interrelacionados. "El cercado de las tierras en las regiones de las fronteras agrícolas todavía en expansión impidió la ocupación más intensa de esas zonas, al mismo tiempo que expulsó los residuos de las poblaciones de subsistencia. Paralelamente, la concentración de la propiedad agraria y la modernización del campo, tanto en las labores destinadas al mercado interno como externo, favorecieron los grandes desplazamientos humanos hacia las ciudades" (Patarra y Médice, 1983). Este es un proceso continuo desde el decenio de 1950, pero llega a su apogeo en el decenio de 1970. En el Brasil, durante este período, las modificaciones en las relaciones de trabajo del campo fueron tan intensas que exigieron incluso la reorganización de las categorías censales. La contrapartida de esta caída sustancial de la población ocupada en el sector agrícola es la expansión relativa de la población económicamente activa ocupada en los sectores secundario y terciario.

Además de esta observación general, cabe considerar temas tales como las diferencias en la distribución del empleo según regiones, así como por sexos y por edades.

En el conjunto del país, después de la pérdida relativa de 13 puntos porcentuales de trabajadores del campo que tuvo lugar durante los años setenta, la población trabajadora masculina se distribuyó entre los tres sectores de forma equilibrada. En São Paulo, la representatividad del sector agrícola era mucho menor (13.8%), y la fuerza de trabajo restante se dividía en proporciones muy próximas, siempre alrededor del 40%, con mayor porcentaje de ocupados en el sector secundario. En Pernambuco, que representaba al Nordeste, sector más castigado por el modelo de desarrollo impuesto, la situación era muy diversa: la agricultura concentraba casi la mitad de la población económicamente activa, seguida por el sector terciario. Más aún, en los sectores secundario y terciario, la proporción de trabajadores autónomos es mucho mayor.

Es un hecho ampliamente conocido que las condiciones históricas concretas configuraron en forma distinta los niveles y patrones de desarrollo de las diferentes regiones del país. Ya en 1940,

las diferencias regionales eran marcadas, y se fueron ampliando a medida que se concentraban los beneficios en la región del Sudeste, especialmente en São Paulo; en el Nordeste, se hacen evidentes las deformaciones del desarrollo brasileño.

En ambos polos, durante el decenio de 1970, la participación de niños, y sobre todo de adolescentes y jóvenes, se localizó principalmente en el sector secundario de la economía, y dentro de éste, entre los empleados. En São Paulo, los niños pasaron de 17.6% en 1970 a 27.4% en 1980; los adolescentes, de 32.0% a 45.2% y los jóvenes de 40.0% a 51.0%. En Pernambuco, la tendencia fue también de crecimiento porcentual significativo, de la siguiente forma: de 2.8% a 6.9%; de 10.5% a 20.6% y de 18.7% a 30.7%.

Spindel (1985), al analizar sólo los trabajadores adolescentes registrados concluye que "cuando se hacen los cálculos sobre la base de los datos de la Ley de los 2/3 y de la "Rais" (relación anual de informaciones sobre sueldos), o sea, sólo para los menores registrados, se revela un dinamismo mucho más intenso. En el sector más capitalizado, la incorporación de menores, en los últimos 10 años, se dio a un ritmo más acelerado que en el mercado de trabajo en conjunto. La tasa de crecimiento de empleos para menores en el grupo de 12 a 17 años cumplidos fue del orden de 250%. De manera que se podría sacar la conclusión de que, además del "rejuvenecimiento" del trabajo urbano, se produjo también su "formalización". Sin embargo, la gran novedad de los años setenta no fue sólo la elevación de las tasas de población activa de mujeres casadas y jóvenes de ambos sexos, sino también la "formalización" del empleo femenino en determinados sectores. Un examen detenido de la estructura del empleo en el transcurso de los últimos treinta años demuestra que el sector de prestación de servicios (con mayoría de profesoras y empleadas domésticas) perdió importancia, y su peso en la creación de empleos femeninos bajó de más de 50% a menos de 30% en el decenio de 1970. La contribución de las actividades sociales en la creación de empleos también disminuyó en el decenio de 1970; en cambio, hubo un incremento significativo de la ocupación femenina en el comercio y en las industrias de transformación.

La tendencia fue aún más evidente en São

Paulo. Salvo en el sector de servicios, las mujeres aumentaron más que la media general en todos los sectores de actividad urbana. El aumento más significativo se produjo en las industrias de transformación (vestuario, calzado, tejidos, material eléctrico, productos alimenticios y productos de materias plásticas y metalúrgicas).

Aunque haya habido también un aumento de las mujeres en empleos burocráticos, Hirata y Humphrey (1984), señalan que éstos no eran mayoritarios entre las empleadas en los establecimientos industriales de São Paulo: las mujeres constituían el 29.4% del total en los establecimientos de más de 50 empleados, pero ocupaban sólo el 28.9% de los puestos administrativos. Su presencia era escasa en las ocupaciones técnicas o en trabajos manuales calificados (salvo como costureras y operarias de máquinas overlock en las industrias textiles); se encontraban en gran número en ocupaciones semicalificadas. Constituían el 38.8% de la fuerza de trabajo semicalificada en la industria paulista, y tres de cada cuatro del total de mujeres empleadas estaban de una manera u otra ligadas a ocupaciones manuales de producción. Los mismos autores sugieren también que las vacantes en la industria se destinaron a las mujeres muy jóvenes. Ya en 1970 la fuerza de trabajo en la industria era muy joven, lo que se acentuó en el Estado de São Paulo en el último decenio. Las tasas de actividad para las mujeres jóvenes también aumentaron significativamente; además, hay claros indicios de que hubo un desplazamiento de mujeres jóvenes del sector de servicios hacia las ocupaciones industriales. Por su parte, las mujeres mayores y casadas se desplazaron hacia ocupaciones por día.

Para comprender la preferencia de los empleadores por mujeres jóvenes, cabe considerar, por una parte, que la socialización de las mujeres jóvenes ha privilegiado la obediencia a normas y patrones de comportamiento, lo que ciertamente interesa al empleador. Por otra parte, estos factores de carácter conductual adquieren un nuevo valor en la industria moderna: el de variables importantes de la buena relación entre el trabajador y la máquina. Como lo señala Spindel, "lo que los empleadores consideran "práctica" o "experiencia" en el trabajo de las niñas y jóvenes consiste muchas veces en lo que se llama "saber doméstico": la costura, para la industria del vestuario, o las habilidades de las bor-

dadoras o tejedoras, que proporcionan un grado de capacidad muy apreciado en la industria eléctrica y electrónica, no sólo por la destreza manual, sino también por la práctica para memorizar entrecruzamientos de hilos en los procesos de montaje".

Los datos que anteceden, apuntan a la limitación que significa enfocar la problemática del niño o del joven trabajador centrándola, como se hace tradicionalmente, en los aspectos aparentes de marginalidad y pobreza. Es preciso considerar analíticamente el trabajo del niño y el adolescente (como se ha hecho con el trabajo de la mujer) como parte integrante y estructural del proceso social de producción.

2. El salario

En todos los sectores de la economía disminuyó, durante el decenio, la proporción de personas que percibían menos de un salario mínimo. Algunos estudios, aunque preliminares (Médici, 1983), previenen contra las conclusiones demasiado optimistas: durante el decenio de 1970 no se produjo una desconcentración de los ingresos, sino sólo un proceso de concentración menos pronunciado que en el decenio anterior. Tampoco cabe considerar el aumento salarial como una mejoría en la calidad de vida, dada la caída del valor real de los salarios en este período y las diferencias zonales. Aunque sea sin cifras desagregadas que permitan apreciar claramente estas diferencias, el tema de los salarios constituye la forma más concreta de evaluar los resultados de las condiciones de trabajo en general y de los niños, adolescentes y jóvenes en particular.

Durante los últimos diez años, los contingentes de baja remuneración siguieron siendo mayoritarios en la población. Nada menos que el 64% de los brasileños percibían sólo hasta dos salarios mínimos. Hay factores de cambio estructural que pueden estar influyendo en las cifras, como por ejemplo, la parcial eliminación del rubro trabajadores no asalariados, cuyos integrantes actualmente perciben un salario bajísimo. Además, en la población económicamente activa ha crecido la proporción de jóvenes y mujeres, reconocidamente peor remunerados: posiblemente crezca así la base de la pirámide de salarios individuales, mientras se reduce la base de la pirámide de ingresos familiares.

Este no es el lugar apropiado para analizar exhaustivamente los motivos e intereses del mantenimiento de esta jerarquía salarial con relación a la mujer. Basta recordar algunos factores que reconocidamente influyen en ello: el menor acceso de la mujer a cargos de jefatura y supervisión, la estrecha gama de oportunidades ocupacionales que se les ofrecen, su menor poder reivindicativo (consecuencia directa de un proceso de socialización que apunta a hacer de ellas seres dóciles y sumisos), y la menor tradición político-sindical de las actividades terciarias, en las que se concentran las mujeres, en comparación con las de la industria de transformación. En cuanto al trabajo de los jóvenes, la inferioridad de los salarios se justifica socialmente sobre la base de que el producto del trabajo del hombre joven es menos importante para la familia que el de los hombres adultos, y que el de la mujer joven es menos importante que el de la mujer adulta. Se universaliza así un patrón de tipo de familia, de división del trabajo por sexos y por edades, y de contribución al presupuesto familiar, que no siempre representa la realidad. En este punto vale la pena hacer una pregunta, aunque no pueda irse más allá de su simple formulación: ¿hasta qué punto pesó, en el mantenimiento de bajos salarios en el Brasil, la posibilidad de participación de otros miembros de la familia en el mercado de trabajo? Este recurso pudo mantener el nivel de consumo familiar o incluso mejorarlo, a pesar de los bajos salarios.

Las grandes diferencias salariales son, en todo caso, la manifestación más concreta y palpable de las relaciones de dominación y explotación que encierran las polarizaciones hombre/mujer, adultos/jóvenes, polo desarrollado/polo subdesarrollado, como se desprende claramente del cuadro 2.

No queda la menor duda de que la relación de dominación/explotación que más repugna es la que se establece entre Nordeste/Sudeste. Más de la mitad de la población económicamente activa masculina del Nordeste recibe menos de un salario mínimo. Este valor asciende a 76.6% entre las mujeres, por lo que se establece entre los sexos una diferencia de 22.6%. Comparativamente, la situación de São Paulo es substancialmente mejor. Entre los hombres, el 13.6% recibía hasta un sueldo mínimo. Este valor pasa a 35% en el caso de las mujeres; cabe observar, sin embargo,

que la diferencia porcentual entre los sexos permanece invariable en ambos polos. Este tipo de desigualdades se repite en diversas regiones y en los diferentes grupos de edad. Para resumir el conjunto de resultados, podría decirse que los adolescentes reciben el doble del sueldo de los niños y los jóvenes el doble de los adolescentes. También es justo concluir, en general, que el sueldo de las mujeres tiende a ser la mitad del de los hombres.

Uno de los argumentos más frecuentes para justificar las diferencias salariales es el del número de horas trabajadas. Se supone que las mujeres y los jóvenes trabajan durante menor tiempo. Sin embargo, los antecedentes que relacionan promedios salariales, grupos de edad y horas trabajadas dejan en evidencia la falsedad de este argumento (Madeira, 1985). Los niños, los adolescentes y los jóvenes, en su gran mayoría, no están subempleados si se toma como indicador las horas trabajadas; en cambio, desde el punto de vista del nivel salarial, prácticamente todos ellos sí lo están. En realidad, los niños y los adolescentes continúan recibiendo sueldos bajísimos y se concentran en su gran mayoría en los que perciben hasta un sueldo mínimo.

Desde el punto de vista de la comparación entre los sexos, las menores diferencias se dan en el grupo de los adolescentes, lo que indica que el matrimonio es probablemente un factor que obliga a la mujer a aceptar trabajos de inferior nivel salarial.

3. Los jóvenes y la crisis

El período recesivo brasileño, iniciado en 1978, se traduce para ambos sexos en una contracción de la oferta de empleo en la industria, principalmente en São Paulo. Hirata y Humphrey (1984) indican que ésta afectó especialmente a la industria de transformación y, dentro de ésta, al sector de bienes de consumo duraderos. "En las plantas de montaje de automóviles hubo huelgas y movilizaciones contra los despidos en masa en 1981, y el empleo global en esa rama se redujo en más de un 20%. En dos empresas de construcción eléctrica y en una de repuestos para automóviles de São Paulo, estudiadas en 1982, la mano de obra contratada por hora se redujo en más del 50% a mediados de 1981; si bien se recontrató personal

Cuadro 2
BRASIL: DISTRIBUCION DE LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA
POR NIVELES DE INGRESO MENSUAL, 1980

Ingreso (medio) mensual	Hombres				Mujeres			
	Total	Niños	Adoles- centes	Jóvenes	Total	Niños	Adoles- centes	Jóvenes
<i>Brasil</i>								
Hasta 1/4 de salario mínimo	2.4	29.8	5.5	1.6	9.2	48.2	16.4	7.3
1/4 - 1/2	8.3	30.6	15.2	5.3	18.5	25.8	21.0	11.2
Más de 1/2 - 1	21.1	27.4	37.9	22.1	24.8	16.4	29.2	24.9
Más de 1 - 2	29.1	10.4	34.3	39.3	25.5	7.2	28.1	35.9
Más de 2 - 5	25.1	0.8	6.1	26.3	15.0	0.4	4.1	17.7
Más de 5	13.2	0.07	0.4	4.8	5.9	0.05	0.2	2.3
Sin declaración	0.3	0.1	0.3	0.5	0.3	0.1	0.3	0.3
Con ingreso	73.9	11.6	53.0	84.1	32.3	6.8	28.6	38.0
Sin ingreso	25.7	88.2	46.6	15.4	67.4	93.1	71.1	61.7
<i>São Paulo</i>								
Hasta 1/4 de salario mínimo	0.9	22.0	1.9	0.3	3.6	30.5	4.0	1.9
1/4 - 1/2	2.9	23.9	5.5	0.7	9.6	27.6	11.4	4.2
Más de 1/2 - 1	9.8	33.2	25.9	6.7	22.0	26.1	29.7	17.3
Más de 1 - 2	28.7	19.1	53.8	40.0	33.7	14.7	46.5	43.6
Más de 2 - 5	36.2	1.1	11.8	43.4	21.9	0.6	7.8	28.9
Más de 5	20.9	1.0	0.6	8.2	8.4	0.05	0.2	3.7
Sin declaración	0.4	0.05	0.3	0.5	0.3	0.04	0.2	0.2
Con ingreso	80.7	14.7	66.8	89.6	39.8	10.7	46.3	49.8
Sin ingreso	18.9	85.3	32.9	9.9	59.9	89.3	53.5	50.0
<i>Pernambuco</i>								
Hasta 1/4 de salario mínimo	4.5	35.9	10.2	3.1	15.9	66.5	34.8	15.1
1/4 - 1/2	16.2	42.7	30.5	11.9	30.8	24.7	31.9	21.5
Más de 1/2 - 1	33.3	18.7	44.3	39.9	26.9	7.4	24.4	33.1
Más de 1 - 2	24.1	2.2	12.9	31.0	14.5	1.0	7.7	21.4
Más de 2 - 5	14.9	0.3	1.8	11.9	8.2	0.1	1.1	7.8
Más de 5	6.8	0.05	0.2	2.1	3.5	0.08	0.06	0.9
Sin declaración	0.3	0.1	2.9	0.5	0.3	0.08	0.2	0.2
Con ingreso	70.1	12.7	45.8	81.2	30.2	5.4	20.1	32.5
Sin ingreso	29.6	87.1	51.4	18.3	69.5	94.5	79.7	67.3

Fuente: Censo de 1980.

a fines de ese año, el contingente obrero siguió siendo muy inferior al de fines de 1980".

En esa época, varios reportajes mostraban cómo enfrentaban los desempleados la crisis: "después de buscar trabajo durante algún tiempo sin encontrarlo, el desempleado se las arregla como puede. Procura registrarse legalmente como trabajador por cuenta propia. Se transforma en vendedor ambulante, vendiendo pasteles,

ropas y baratijas en general; instala su puesto en la feria o en los centros de la ciudad" (Caderno de Economia, Folha de São Paulo, 24 de febrero de 1985).

Las cifras correspondientes a 1983 muestran un incremento de los porcentajes de trabajadores en los sectores de comercio y servicios, donde se incluyen los "bicos" (trabajos inestables) y otras ocupaciones que no mantienen vínculos típi-

camente capitalistas con el mercado de trabajo; a ellas recurre el trabajador para hacer frente al desempleo. De hecho, los datos de la Encuesta Nacional de Hogares por Muestreo (Pesquisa Nacional por Amostra de Domicílios - PNAD) señalan que el número de trabajadores por cuenta propia o autónomos aumentó de 9 millones en 1976 a casi 11 millones en 1983, y que en el Estado de São Paulo el número de trabajadores autónomos aumentó un 51.2% en el mismo período, a una velocidad dos veces mayor que en todo el país. Esto último indica que, cuando la crisis hace necesario recurrir al trabajo informal, es más fácil encontrarlo en el polo más desarrollado del país.

No existen datos sobre el estado de la ocupación desglosados por sexo y edad respecto de 1983, por lo que no es posible comprobar si ese fenómeno fue más intenso entre los niños, adolescentes y jóvenes, y entre las trabajadoras. En verdad, los efectos diferenciados de la crisis económica sobre ambos sexos y diferentes grupos de edades no han sido todavía suficientemente aclarados. Hay quienes consideran que las propias condiciones discriminatorias en que se realiza la incorporación de las mujeres y de los jóvenes en la fuerza de trabajo pueden, en cierta forma, actuar como mecanismos de defensa en su favor. Hirata y Humphrey (1984) opinan que la misma división sexual del trabajo puede, hasta cierto punto, proteger a las mujeres (jóvenes o no) contra los efectos de la crisis económica: "La concentración de las mujeres en ciertos sectores de la actividad económica y en ocupaciones predominantemente femeninas limita la posibilidad de discriminación, por cuanto no se dan las condiciones para substituirlos por hombres". A su vez, Spindel, que entrevistó a adolescentes incluidos en el sector formal de la economía (incluso a algunos que trabajaban en los sectores que fueron más afectados por la crisis), sostiene que el simple hecho de que los jóvenes permanecieran en sus puestos, a pesar de los despidos masivos que tenían lugar en el período de la encuesta, permite deducir que ellos eran altamente valorizados en el mercado. En cambio, los mismos Humphrey e Hirata comprueban que en las empresas se justifica despedir en primer lugar a las mujeres y a los adolescentes, por cuanto éstos supuestamente no contribuirían de manera fundamental al presupuesto doméstico.

4. Los jóvenes: ¿desempleo, inactividad o intermitencia?

El desempleo juvenil como tal es en el Brasil semejante al del resto de América Latina, si se toman en cuenta los indicadores convencionales: las tasas de desempleo abierto son tradicionalmente muy bajas. Sin embargo, se sabe que estos datos tienen poco que ver con la real disponibilidad o deseo de ejercer una actividad remunerada constante por parte de la población joven brasileña. La gran mayoría de los jóvenes se encuentran en una situación de desempleo disfrazado, ya sea porque realizan trabajos precarios, comúnmente conocidos como "bicos", o porque son desempleados ya desalentados: han dejado de buscar trabajo, por falta de estímulo en el mercado.

Por otro lado, se sabe también que, cuando aumentan las posibilidades concretas de conseguir trabajo, como ocurrió en el Brasil durante el último decenio, el desempleo de los jóvenes llega a alcanzar valores altísimos, en general, más de la mitad de los desocupados totales.

Sin embargo, para evaluar este fenómeno es necesario utilizar una metodología apropiada, lo que se hizo, por ejemplo, en el caso de la Encuesta sobre empleo y desempleo en la zona metropolitana de São Paulo (Pesquisa de Emprego e Desemprego na Grande São Paulo), realizada por el SEADE (Fundação Sistema Estadual de Análise de Dados) y el DIEESE (Departamento Intersindical de Estatísticas e Estudos Sócio-Econômicos) (cuadro 3). En dicha encuesta se define como desempleado al individuo que se encuentra en una de las siguientes situaciones:

- a) Desempleo abierto: buscó efectivamente trabajo en los últimos 30 días anteriores al día de la entrevista y no ejerció ninguna otra ocupación en los últimos siete días.
- b) Desempleo oculto por el trabajo precario: realiza, en forma aislada, algún trabajo remunerado o no remunerado de ayuda en negocios de parientes, y se encuentra en una situación de búsqueda de trabajo.
- c) Desempleo oculto por el desaliento: no tiene ningún trabajo, no buscó en los últimos 30 días por falta de estímulo del mercado de trabajo o por circunstancias fortuitas, habiéndolo buscado anteriormente hasta hace un año, como máximo.

Cuadro 3
SÃO PAULO: TASAS DE DESEMPLEO ABIERTO
Y OCULTO, 1984

	Total	Abierto	Oculto
<i>Sexo:</i>			
Femenino	15.5	10.1	5.4
Masculino	10.4	5.6	4.8
<i>Edad:</i>			
10-14	39.7	24.0	13.0
15-17	34.8	22.3	
18-24	16.2	10.4	5.9
25-39	8.2	4.5	3.8
40 años y más	6.0	2.9	3.1

Fuente: Departamento Intersindical de Estadísticas e Estudos Sócio-Econômicos (DIEESE), Sao Paulo, octubre a diciembre de 1984.

Los datos muestran que el desempleo, tanto abierto como oculto, es particularmente agudo entre los jóvenes. Cabe destacar, además, que no se trata solamente de desempleo de niños o adolescentes, sino que también es altísimo entre los jóvenes de entre 20 y 24 años; casi la mitad del desempleo de los niños o adolescentes.

Aunque los datos no estén separados por edad y sexo, cabe suponer, dada la tendencia general, que el desempleo afecta particularmente a la mujer joven. Sin embargo, esta comprobación no es sólo motivo de pesimismo. El simple hecho de que las jóvenes asuman abiertamente la necesidad de trabajar significa que efectivamente se abrieron oportunidades de empleo para ellas y que están dispuestas a aprovecharlas; por lo tanto, han dejado de formar parte del desempleo oculto.

En otra encuesta (Madeira, 1985a), se comprobó que entre los sectores populares de la zona metropolitana de São Paulo el simple hecho de cumplir quince años coloca al joven, desde su propia perspectiva o desde la de su familia, en una situación de disponibilidad e intenso deseo de trabajar. En esta misma encuesta, la utilización con un pequeño grupo de una técnica complementaria, de naturaleza cualitativa, reveló aspectos interesantes de este alto nivel de desempleo entre los jóvenes. Se trataba de jóvenes que estaban concluyendo la enseñanza media, pero cuyas familias percibían hasta cinco salarios míni-

mos de renta familiar; por lo tanto, se podía hablar de población pobre. En aquella ocasión, prácticamente todos se declararon desempleados, pero no por dificultad en encontrar empleo, sino porque el que podían conseguir no correspondía a sus expectativas. En el caso de las jóvenes, por ejemplo, cuya opción era el trabajo doméstico, tanto la familia como la joven misma preferían que se empleara la madre (en general, por días o en firmas de limpieza) y que la hija la sustituyera en el hogar.

Lo más interesante fue comprobar en los datos una enorme intermitencia en las actividades de los jóvenes. Aunque la naturaleza de la encuesta no permite generalizar, podría sugerir que el comportamiento de un número considerable de jóvenes responde, sobre todo en las niñas y adolescentes, a un rápido paso de una doble actividad (escuela y trabajo) a una actividad única (escuela o trabajo) o a la inactividad total. Esto no significa necesariamente que la naturaleza del trabajo fuese inestable; por el contrario, frecuentemente la actividad en sí era bastante formalizada, sólo que a menudo se la consideraba como algo transitorio, a veces con la finalidad única de adquirir un determinado bien, como una bicicleta, un equipo de sonido, etc. Algunos jóvenes pasaban tanto y tan rápidamente de una a otra situación que la impresión que dejaban era que podrían asimilarse a cualquier categoría —la de doble ocupación, la de estudiante, la de trabajador o la de inactivo— dependiendo del momento.

Tal inconstancia refleja ciertamente, que su responsabilidad es sólo relativa. Plantea además una pregunta: ¿se presta la rigidez de las categorías actividad/inactividad u ocupación/desocupación para definir la situación específica del niño o del adolescente? Como consideración final, cabe destacar la importancia de las inferencias que se hacen a partir de las categorías de actividad/inactividad. El problema de la droga y de la delincuencia se halla frecuentemente asociado a la inactividad; sin embargo, dada la intermitencia ocupacional a la que se ha hecho referencia, se encuentran jóvenes (y hasta niños) vinculados al consumo o a las cadenas de drogas tanto entre aquellos "integrados en una actividad" como entre aquellos que pasaron recientemente por un periodo de inactividad.

III

La escuela, actividad para pocos jóvenes

El estado del sistema educacional brasileño no corresponde al nivel de crecimiento y modernización de los sectores básicos de la economía que llevaron al país a una posición relativamente destacada en la periferia del sistema capitalista. De hecho, considerada exclusivamente desde el punto de vista de los indicadores relativos a la educación, la situación social del Brasil es crítica, y muy grande la proporción de niños, adolescentes y jóvenes que permanecen todavía sin instrucción.

Al situar al Brasil en el marco latinoamericano, puede apreciarse mejor la dimensión comparativa de sus niveles de analfabetismo (cuadro 4).

Cuadro 4
AMERICA LATINA (SEIS PAISES):
ANALFABETISMO
DE LOS JOVENES DE 15 A 24 AÑOS, 1980

Países	Total	Porcentajes
Argentina	85 559	1.9
Brasil	3 917 520	15.7
Chile	43 065	1.8
México	905 091	6.5
Panamá	17 106	4.7
Perú	217 524	6.3

Fuente: UNESCO (1984).

Al considerar el último decenio, puede apreciarse una enorme distancia entre los planes y la realidad. El Primer Plan Sectorial de Educación y Cultura (1971-1974) pretendía erradicar el analfabetismo a fines del siglo y para fines de 1970 establecía como meta un analfabetismo de sólo 10%. Para ello, el Plan preveía la expansión de la escolaridad obligatoria, el aumento de la oferta de vacantes en la enseñanza elemental y la creación de un organismo especializado para la alfabetización de adultos.

Los datos de los cuadros 5 y 6 prueban que, si bien a fines del decenio, se redujeron los índices de analfabetismo, una proporción considerable de personas permanecen sin instrucción. Los progresos realizados han sido lentos y no hay

buenas perspectivas de solución: ya el fenómeno no afecta sólo a la población de mayor edad (lo que sería sólo el vestigio de una deficiencia anterior) sino que a todas las edades, incluso a los jóvenes que corresponden al actual sistema de enseñanza. Es decir, los porcentajes indican que el analfabetismo no está siendo detenido en su origen.

Lo que más llama la atención en los cuadros indicados son las enormes desigualdades regionales. En un trabajo anterior (Madeira, 1985a) se comprobó que el 50% de los analfabetos brasileños entre 15 y 24 años se encuentran en la zona rural del Nordeste, y que sigue siendo amplia la distancia entre las tasas de analfabetismo de las zonas urbanas y rurales del Brasil. Si se considera el grupo de edades entre 15 y 24 años, cuyas tasas de escolaridad tienden a ser las más elevadas, se comprueba que, en las ciudades durante el período 1976-1982, el analfabetismo tiende a estabilizarse en 7.5% para los hombres y 6.5% para las mujeres; en las zonas rurales, los porcentajes respectivos son alrededor de 30% y 23%.

En otros dos indicadores de fracaso escolar frecuentes en América Latina, la deserción escolar y la repetición, son también importantes en el Brasil. De 100 niños que ingresaron en 1972 al primer año de enseñanza primaria, sólo 8 consiguieron en 1983 matricularse en el último año de enseñanza secundaria. Por otra parte, se calcula que los niños brasileños se demoran en promedio doce años para concluir la enseñanza primaria, cuya duración es de ocho años.

A pesar de estos indicadores pesimistas, los cuadros 5 y 6 sugieren claramente que en el transcurso del último decenio aumentó considerablemente la escolaridad de los niños y de los jóvenes brasileños, y sobre todo de la población *joven trabajadora*, así como del *grupo que combina cotidianamente la escuela y el trabajo*.

Los datos demuestran también que en el transcurso del decenio la escolaridad se transformó en una credencial de mayor importancia, ya que los niveles de escolaridad de niños, adolescentes y jóvenes en la población económicamente

Cuadro 5
BRASIL: DISTRIBUCION DE LAS MUJERES QUE ESTAN EN LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA
Y FUERA DE ELLA, SEGUN AÑOS DE ESTUDIO, 1970-1980

Años de escolaridad	Niñas				Adolescentes				Jóvenes				Total			
	1970		1980		1970		1980		1970		1980		1970		1980	
	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA
<i>Brasil</i>																
1 - 4	58.3	54.7	58.0	59.7	52.6	41.5	38.8	37.8	38.9	42.6	30.8	43.9	39.7	42.3	38.8	48.0
5 - 8	10.5	14.9	20.4	16.5	18.9	22.4	34.4	33.3	16.1	12.1	23.5	19.6	14.2	12.1	16.1	15.6
9 - 11	0.2	0.2	—	—	5.7	8.1	15.4	11.7	9.3	5.6	26.9	11.4	6.5	3.3	14.0	5.4
12 o más	—	—	—	—	2.2	1.2	0.9	0.5	18.2	4.4	10.4	3.8	11.4	1.7	7.4	1.2
Sin instrucción	31.0	30.2	21.6	23.9	20.6	26.7	10.5	16.6	17.4	35.2	8.4	21.1	28.2	40.5	23.6	29.7
<i>São Paulo</i>																
1 - 4	77.5	65.7	61.8	65.8	65.5	46.2	34.6	30.2	52.6	58.1	32.5	47.5	53.8	53.6	42.0	53.2
5 - 8	13.0	25.6	31.3	26.6	17.2	25.3	42.0	43.8	10.9	7.8	25.5	24.5	9.0	10.8	19.5	19.5
9 - 11	0.2	0.3	—	—	6.9	15.9	18.3	19.7	10.0	7.5	24.3	12.7	6.9	5.0	13.9	7.1
12 o más	—	—	—	—	2.1	3.0	1.1	0.9	17.5	8.9	13.3	6.7	13.3	8.4	9.2	2.1
Sin instrucción	9.3	8.3	6.9	7.5	8.2	9.5	4.0	5.3	9.0	17.6	4.3	8.7	17.0	27.2	15.3	17.9
<i>Pernambuco</i>																
1 - 4	32.5	42.7	45.0	53.2	34.7	33.1	36.5	34.1	27.1	29.6	26.1	33.4	26.7	30.2	30.8	38.5
5 - 8	4.8	10.4	8.7	11.6	14.7	23.1	23.2	30.2	16.2	13.7	19.1	18.3	12.2	11.2	11.2	13.7
9 - 11	—	—	—	—	3.3	5.0	12.0	9.8	7.1	4.8	27.6	12.6	4.4	2.3	11.8	5.1
12 o más	—	—	—	—	1.8	0.7	0.6	0.3	16.5	3.5	8.4	3.3	10.0	1.3	6.3	0.9
Sin instrucción	62.6	46.8	46.3	35.2	45.5	38.1	27.7	25.5	33.1	48.2	18.1	32.3	46.6	54.8	39.9	41.8

Fuente: Censos de 1970 y 1980.

Cuadro 6
BRASIL: DISTRIBUCION DE LOS VARONES QUE ESTAN EN LA POBLACION ECONOMICAMENTE ACTIVA
Y FUERA DE ELLA, SEGUN AÑOS DE ESTUDIO, 1970-1980

Años de escolaridad	Niños				Adolescentes				Jóvenes				Total			
	1970		1980		1970		1980		1970		1980		1970		1980	
	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA	En la PEA	Fuera de la PEA
<i>Brasil</i>																
1 - 4	41.0	53.8	49.5	58.5	45.1	39.7	39.6	34.6	44.1	36.0	40.6	31.9	43.6	46.2	45.4	48.0
5 - 8	8.8	13.8	16.8	13.4	16.7	26.4	18.9	34.9	14.0	14.4	22.6	18.6	11.0	16.5	14.7	19.4
9 - 11	0.1	—	—	—	4.5	8.7	9.1	11.7	6.7	10.0	15.2	18.8	4.3	3.5	8.0	5.1
12 o más	—	—	—	—	0.6	1.4	0.3	0.5	5.2	13.4	4.4	11.0	5.0	1.9	4.9	1.4
Sin instrucción	50.0	32.2	33.7	28.1	33.0	23.8	20.1	18.2	29.9	26.0	17.1	19.5	36.0	31.7	26.4	26.0
<i>São Paulo</i>																
1 - 4	69.4	66.5	59.6	69.0	61.4	40.3	36.4	24.3	59.4	37.5	41.8	25.4	57.8	54.6	50.0	52.9
5 - 8	19.2	24.5	32.6	21.7	21.3	32.8	44.9	47.3	11.5	10.2	27.7	18.2	8.0	22.5	19.4	26.4
9 - 11	0.4	0.3	—	—	7.4	21.2	13.1	22.0	9.3	13.5	17.6	25.3	6.2	5.6	9.9	7.6
12 o más	—	—	—	—	1.1	2.6	0.5	0.9	8.1	28.6	6.6	23.3	7.9	3.7	7.2	2.6
Sin instrucción	11.0	8.7	7.8	9.3	8.8	0.8	5.1	5.3	11.7	10.0	6.3	7.7	20.0	13.5	13.5	10.4
<i>Pernambuco</i>																
1 - 4	19.7	39.8	31.0	49.5	27.9	36.9	33.0	20.8	29.1	26.2	32.1	24.4	28.3	34.5	33.6	41.0
5 - 8	2.5	8.9	4.7	8.8	11.4	24.8	18.4	30.4	13.4	16.7	18.3	19.1	9.4	13.7	10.6	15.8
9 - 11	—	—	—	—	1.9	5.1	5.4	9.0	4.5	8.6	13.8	18.7	2.8	2.4	6.4	4.3
12 o más	—	—	—	—	0.3	—	0.2	0.4	3.6	9.3	3.2	8.2	3.5	1.3	3.4	1.0
Sin instrucción	77.8	51.2	64.3	41.7	58.4	—	42.9	28.2	49.3	39.1	32.6	29.5	55.9	48.1	46.3	37.9

Fuente: Censos de 1970 y 1980.

activa (PEA) son más elevados que los de quienes están fuera de la PEA. Esta comprobación es particularmente verdadera respecto de São Paulo. Este hecho, sugerido por las cifras en un plano global, pudo comprobarse mediante un estudio de metodología más cualitativa, aplicada en sectores populares de la sociedad paulista (Madeira, 1985a).

Las entrevistas a jóvenes entre 14 y 20 años de edad de zonas periféricas de la capital paulista, demostraron que para cursar hasta octavo año tanto las familias como los adolescentes y jóvenes mismos hacían enormes sacrificios, que entrañaban no sólo el desgaste físico cotidiano —pocas horas de sueño, falta de tiempo hasta para comer, etc.— sino también la privación de algunos bienes de consumo, o la postergación de su compra. El interés por finalizar “al menos” la educación básica justifica también los frecuentes regresos a la escuela, a pesar de las repeticiones o interrupciones por los más diferentes motivos.

El hecho mismo de trabajar contribuye a aumentar el esfuerzo del joven y de la familia por permanecer en la escuela. Más que al contenido mismo de la enseñanza, esta actitud corresponde a la conciencia de que, a medida que se amplía el acceso al sistema escolar, aumentan las exigencias para la admisión de trabajadores en las ocupaciones, incluso poco calificadas, de los diversos sectores de la economía; esto se pone de manifiesto en las experiencias de los mismos entrevistados.

La importancia del nivel de escolaridad como credencial se confirma y completa con declaraciones de empleadores. Spindel (1985) comprobó que los empresarios grandes y medianos entrevistados, consideran la escolaridad como el factor más importante en la selección de los adolescentes. No se interesan mayormente en los conocimientos específicos adquiridos en el sistema de enseñanza, sino en “el hábito de obediencia a ciertas normas y patrones de comportamiento más o menos homogéneos, que otorguen al empresario cierta seguridad para prever las reacciones del menor ante las condiciones de disciplina y de trabajo” (Spindel, 1985).

La visible transformación de los niveles educativos de la población joven trabajadora del Brasil es ya manifiesta entre los niños. Para el conjunto del país, en 1970 el 9.0% de los niños que trabajaban habían cursado los cinco años ini-

ciales. En 1980, esta proporción aumenta al 16.8%; la proporción de los niños con ese nivel de educación que estaban fuera del mercado de trabajo permaneció inalterada. Por otra parte, bajó sustancialmente la proporción de los niños trabajadores sin instrucción. Naturalmente, el efecto del incremento de la expansión de la asistencia escolar es más perceptible en São Paulo, donde en 1980 nada menos que el 32.5% de los niños que trabajaban ya habían cursado los cuatro años iniciales.

Entre los adolescentes, las diferencias son aún más perceptibles y se puede apreciar que se incrementa la enseñanza secundaria entre los adolescentes trabajadores.

La segunda tendencia sugerida por los datos globales —la combinación entre escuela y trabajo— puede examinarse mejor al comparar la situación de São Paulo con la de Pernambuco.

Todo indica que la escolaridad obligatoria por ley sólo es una conquista real para los sectores populares en la metrópolis paulista. Es evidente que la proporción de jóvenes y adolescentes que concluyeron el curso básico es mucho mayor en São Paulo. Entre los hombres, en 1980, este nivel fue alcanzado por el 25.3% de los jóvenes; en Pernambuco, en cambio, el porcentaje era de alrededor del 18.7%. Lo mismo ocurrió entre las mujeres jóvenes. Sin embargo, y puesto que la expansión de la escolaridad más allá de los cuatro primeros años de enseñanza básica es un fenómeno bastante reciente, propio del decenio de 1970, se hace más evidente entre los adolescentes. En 1970, sólo el 21.3% de los adolescentes paulistas de sexo masculino que estaban en el mercado de trabajo habían sobrepasado el nivel de los cuatro primeros años de enseñanza básica. Diez años después, este porcentaje se había duplicado con creces. La tendencia es aún más fuerte entre las adolescentes del sexo femenino: en 1970, sólo el 17.2% de las que trabajaban habían finalizado la enseñanza primaria, mientras que en 1980, el porcentaje era de 42.0%, muy próximo al de los varones. Entre los que no estaban incluidos en la PEA, el crecimiento, aunque también significativo, fue menor.

En Pernambuco, las tendencias fueron algo diferentes. No sólo por los niveles inferiores de instrucción, sino también por un crecimiento menos intenso. En 1970, sólo el 11.4% de los adolescentes varones que trabajaban poseían un

nivel de escolaridad superior a los cinco años. Diez años después, este porcentaje se elevó al 18.4%. En el caso de las adolescentes de sexo femenino, tampoco se registró una tendencia a una mayor inserción en el mercado de trabajo. A diferencia de lo que ocurre en São Paulo, es mucho mayor la proporción de los que finalizaron la enseñanza primaria pero están fuera del mercado de trabajo.

En resumen, São Paulo no sólo ofrece más oportunidades de trabajo para los adolescentes de ambos sexos, sino que también mayor oportunidad para extender la escolaridad.

Los datos indican que el atraso escolar es, por otra parte, un fenómeno bastante generalizado, lo que plantea el tema de la relación entre asistencia a la escuela y trabajo. Para analizarlo, fue esclarecedora la encuesta de naturaleza cualitativa: puso de manifiesto que no se puede considerar simplemente a la escuela como factor de expulsión del joven del mercado de trabajo. Por el contrario, lo más frecuente en la zona metropolitana paulista es que ambas actividades se complementen; es decir, que el trabajo propicie la permanencia en la escuela. Al analizar en dicha encuesta los motivos de interrupción de los estudios, más que la necesidad de trabajar, se plantearon dificultades de acceso a la vida escolar —“la escuela era larga”, “no tenía escuela”, “no tenía vacantes”— o situaciones vinculadas a la propia estructura de la enseñanza, en lo que se refiere a la organización, el contenido y la didáctica. Los jóvenes suelen llegar a los 15 años bastante atrasados en sus niveles de escolaridad, lo que destaca la importancia de los cursos nocturnos y suplementarios. Los datos son bastante claros: la creación de cursos nocturnos y suplementarios constituye la garantía más concreta de la posibilidad de conciliar la escuela con el trabajo y mediante ellos se está democratizando la escolarización de los jóvenes. Casi la mitad de los jóvenes de la ciudad de São Paulo estudian después de las 18 horas, aunque solamente el 80% de ellos estaban disponibles para el trabajo, ya fuera trabajando o desempleados. Lo dicho por las familias confirma que la posibilidad de estudiar siem-

pre está estrechamente vinculada a la de trabajar. La escuela y el trabajo aparecían tan interrelacionados que era difícil para el joven (y también para la familia) decidir cuál era más importante. Algunas veces, el ingreso del joven no bastaba para sufragar todos los gastos escolares, y la familia debía complementarlo. En otros casos, el joven financiaba su propio sustento y casi siempre la escuela, y su salario se convertía también en una contribución a la renta familiar. De cualquiera manera, sin embargo, el salario facilitaba la permanencia en la escuela.

En cuanto a los ingresos promedio según los diversos niveles de escolaridad, lo primero que cabe destacar es no sólo la clara relación positiva entre los años de estudio y los salarios, sino también la existencia de separaciones muy nítidas según años de estudio. Así, en cuanto a salarios, hay gran diferencia entre los sin instrucción y los que tienen instrucción elemental; sin embargo, no es tan clara en el caso de los que tienen más de los cuatro primeros años de enseñanza. Las mayores diferencias salariales se producen entre la enseñanza media y la superior. En todo caso, estas diferencias son más importantes para la población total que para la población joven, y también más para los hombres que para las mujeres.

Aunque los niveles salariales, medidos en términos de salarios mínimos promedio, aumentaron en los últimos diez años, el incremento se produjo sobre todo en los niveles de mayor escolaridad, especialmente a partir del nivel secundario. Este hecho apunta también al proceso de concentración del ingreso ocurrido en este período.

Las disparidades salariales entre hombres y mujeres, y el hecho de que se acentúen a medida que se avanza hacia niveles educacionales más elevados, constituyen un factor ampliamente conocido, pero que continúa provocando cierto asombro. En 1980, la mediana de los salarios para el curso superior entre los hombres era casi diez salarios mínimos y entre las mujeres era de cuatro salarios mínimos.

IV

La familia y el joven:
entre el conflicto y la solidaridad

Se puede esperar que todos los cambios a que se ha hecho referencia tengan enormes repercusiones en la organización familiar y su papel socializador. La monetización de la economía y la posibilidad de trabajar de los diferentes miembros de la familia, rompen ciertamente la antigua estructura centralizada en el jefe, y el poder de éste se ve cuestionado también por la mayor escolaridad de los hijos: es bastante frecuente que padres analfabetos convivan con hijos cuya escolaridad ya alcanzó la enseñanza media.

En el fondo, se plantean las preguntas siguientes: ¿Qué capacidad tienen los padres para entender las nuevas representaciones surgidas de una diferente formación y organización del ingreso familiar? ¿Cuál es su reacción ante el trabajo de la mujer, y de la nueva imagen de la maternidad que de él se desprende? En cuanto a las hijas ¿cómo reaccionan los padres ante su trabajo remunerado, su consiguiente autonomía, e incluso la generalización del uso de anticonceptivos? Por último ¿cuáles son las nuevas formas de gestión y manifestación de autoridad en la familia?

Aunque al respecto se ha sistematizado escasamente, las grandes generalizaciones existentes siempre intuyen la existencia de un enorme conflicto entre las generaciones, responsable en parte por el crecimiento de la delincuencia juvenil y de la difusión de la droga entre los jóvenes de América Latina.

Aun cuando no sea éste el espacio apropiado, cabe recordar que los estudios de familia no han dado hasta ahora un lugar preponderante a este problema. La familia ha sido rescatada recientemente como objeto de estudio por dos líneas de preocupación académica: los estudios de estrategias de supervivencia familiar de poblaciones de bajos ingresos y los estudios sobre la condición de la mujer. Ambos enfoques acabaron por destacar en la noción de familia los aspectos de armonía y solidaridad, teniendo presente el objetivo común de sus miembros: conseguir el bienestar familiar.

Si bien el supuesto de la solidaridad y de la armonía está siendo cuestionado incluso desde estos mismos enfoques, es interesante señalar que, al encararse la temática de la familia desde el punto de vista de los jóvenes, aflora de inmediato la dimensión del conflicto. En este sentido, el conjunto de trabajos realizados por la CEPAL en torno al Año Internacional de la Juventud es un ejemplo vivo y claro de ello.

En resumen, sabemos que tanto el conflicto como la solidaridad existen en las familias, y que según cuál sea el actor social que se tome como punto de referencia, cada una de estas dimensiones tiende a asumir diferente importancia. Sin embargo, lo que más interesa destacar en el presente trabajo es cómo, mediante la combinación o el contrapunto de la solidaridad y el conflicto, incluso una especie de juego de contrapunto, se torna posible a veces para el joven elevarse a niveles sociales por encima del nivel medio alcanzado por su grupo social de origen y, en esta forma, disfrutar más intensamente de la "identidad joven". Este proceso puede apreciarse en el Brasil, en una parte de la población de los llamados sectores populares, sobre todo los paulistas, si se examina la información proveniente de los censos demográficos, la Encuesta Nacional de Hogares por Muestreo (PNAD) y el estudio de casos sobre la integración entre trabajo y escuela en la vida de los jóvenes de los sectores populares paulistas.

Dicha información revela la relación inversa entre las tasas de participación y el nivel de ingreso familiar, lo que está absolutamente dentro de lo esperado. Sin embargo, paralelamente se comprueba que en los grupos cuyo ingreso familiar es razonable hay una proporción significativa de adolescentes y jóvenes que trabajan. De modo que es erróneo presuponer que es sobre todo la pobreza, la necesidad de mantener un mínimo nivel de vida, lo que impele a los jóvenes, principalmente a los adolescentes, a buscar una actividad remunerada. Habría entonces que cambiar la expresión "estrategias de supervivencia" por

“estrategias familiares de estilo de vida”. En ese sentido, no se hablaría sólo de un fenómeno referido a los sectores más empobrecidos, y se podría abarcar todos los segmentos y grupos sociales.

Existe otro supuesto inexacto: la familia impone al joven el trabajo, ya sea por problemas materiales objetivos o por la convicción de que el trabajo es “escuela de la vida” o un proceso importante de socialización del futuro trabajador. Esa forma de considerar el trabajo del joven pasa por alto la perspectiva del actor social específico “joven”. Para alguien cuya “autonomía es sólo relativa”, y procura aumentarla, el hecho de trabajar y recibir algún salario, sólo puede significar libertad. Otros autores ya lo han observado, pero refiriéndolo exclusivamente a los jóvenes de los sectores medios de la población. Bourdieu, por el contrario, detecta también este fenómeno en la población obrera y señala que no se trata de un fenómeno latinoamericano. Comenta que “una de las razones por las cuales los adolescentes de las clases populares quieren comenzar a trabajar muy pronto es el deseo de ascender lo más rápidamente posible a la categoría de adulto y las capacidades económicas asociadas a ella: disponer de dinero para consolidar su posición en relación con sus compañeros y con las muchachas, y por lo tanto para ser reconocido y reconocerse como un hombre” (Bourdieu, 1983). Por lo menos tres investigaciones realizadas en el Brasil destacaron con mucha claridad el sentido de “libertad” contenido en la decisión de trabajo de los jóvenes. Ser libre significaba poder tomar con mayor autonomía decisiones sobre su vida, principalmente sobre el consumo y la permanencia en la escuela (Gouveia, 1982; Spindel, 1985; Madeira, 1985b).

Las conversaciones con los jóvenes permiten comprobar que el consumo propio de ese grupo de edad, como la ropa (*jeans* de marca, los *shorts* deportivos, las zapatillas de tenis, etc.), el tiempo libre y los equipos de sonido (grabadoras, cassettes, los bailes de fin de semana) constituyen un tema de discusión y controversia permanente en el seno familiar. La disponibilidad de dinero, de un salario, significa sobre todo la posibilidad de un mayor poder de negociación con la familia. El joven que trabaja ve aumentado su poder y garantizados sus privilegios dentro de la familia. Finalmente, la necesidad de ostentar marcas visi-

bles de pertenecer a la categoría de los jóvenes, sobre todo aquellas difundidas por los medios de comunicación, es uno de los puntos claves de fricción con la familia, y fuente de intensos y violentos conflictos. Las presiones consumistas entre los jóvenes constituyen un fenómeno generalizado en América Latina, y los medios de comunicación tienden a ofrecer un conjunto integrado de símbolos y representaciones de lo que es ser joven.

Al respecto, puede ser oportuno destacar las características específicas de la situación brasileña. La primera es que muchos jóvenes pueden pasar de la simple aspiración al consumo efectivo porque consiguen empleo. Esto es tan cierto que es posible detectar el aumento del consumo de los bienes destinados a los “jóvenes populares” ocurrido recientemente. La proporción de discos y cassettes de música popular brasileña pasó del 63% en 1977 al 69.9% en 1980, mientras que el total de unidades de música popular internacional bajó de 35.4% a 28.9% en el mismo período (Micelli, 1983). En lo que se refiere a ropas, una encuesta realizada en São Paulo muestra claramente que el mayor porcentaje (59%) de los que declararon que se proponían comprar ropa en un futuro próximo eran jóvenes de entre 15 y 29 años. Entre los sectores de menores ingresos, la proporción de los que pretendían consumir ropa era mayor. (La compra que más interesaba era la ropa exterior, la que influye en la figuración social, *Revista Novidades da Moda*, N° 202, junio de 1976. Encuesta regular hecha en São Paulo por organismos de investigación de la opinión pública).

A su vez, el consumo del joven se basó en otras dos características del decenio. La primera, la difusión del sistema de compras a crédito. La segunda, los sorprendentes avances de las telecomunicaciones en el Brasil. En 1975, la televisión llegaba al 40% de la población urbana; hoy, al 75% de la misma población. En las zonas rurales, de cada 20 hogares, tres poseían tal equipamiento. El avance de la industria electrónica en el Brasil se ha producido como consecuencia de las enormes inversiones en la esfera de las telecomunicaciones realizadas por el gobierno autoritario de 1964, teniendo presente la integración nacional. Micelli (1983) sugiere que el consumo de la televisión en el Brasil está íntimamente relacionado con el capital escolar de su público. “El

hecho bruto y brutal del analfabetismo, en las proporciones considerables en que subsiste en la sociedad brasileña, constituye la palanca decisiva de la colosal penetración de la televisión en el país". Considera a la televisión como una especie de sistema de enseñanza paralelo e integrador: "A pesar de que la sociedad industrial de consumo está fuertemente concentrada en las regiones del sudeste y del sur del Brasil, como lo demuestran exhaustivamente los datos disponibles acerca de la distribución regional de la mayoría de los bienes culturales, y que persisten las disparidades de ingresos entre regiones y grupos sociales, la industria cultural brasileña está contribuyendo decisivamente al proceso de unificación del mercado de bienes culturales al actuar como un "sistema de enseñanza paralelo" y al exponer a los sectores sociales subalternos a transmisiones y mensajes en cierta medida desagregadores de su repertorio original de lenguaje, valores y significado".

La posibilidad de estudiar también está estrechamente relacionada con la posibilidad de trabajar, y en este sentido suele asumirse como un tipo de consumo por los jóvenes. El hecho de frecuentar la escuela, de poseer una "tarjeta" de estudiante, caracteriza como 'joven moderno'. Bourdieu hace la siguiente observación: "El hecho de ser 'estudiante' lleva a una serie de situaciones constitutivas de la situación escolar: llevar los libros amarrados con un cordel, sentarse en las motocicletas para cortejar muchachas, encontrarse con amigos de ambos sexos fuera del trabajo, y, en casa, ser dispensados de tareas domésticas porque están estudiando" (Bourdieu, 1983).

Lo paradójico de todo esto es que los jóvenes perciben salarios bajos, que no pueden proporcionarles esta autonomía si la familia no asume parte de su costo de reproducción; es decir, si no son aceptados todavía como miembros de la familia y dependientes de ella. De esa manera, aunque haya conflicto y tensión, los jóvenes tienen plena conciencia de las ventajas de la vida en común. A pesar de las amenazas constantes de salida de la casa por parte de todos los miembros de la familia, en general se permanece en ella, pues solamente sumando los ingresos y uniendo el trabajo doméstico al remunerado resulta posible mantener un determinado nivel de consumo y de calidad de la vida.

Hasta aquí se ha hecho referencia al interés en el trabajo sólo desde la perspectiva de los jóvenes. Sin embargo, la familia comparte este interés, ya sea por razones puramente económicas, o por considerar el trabajo un ejercicio disciplinario para la formación de la personalidad, o por un conjunto de razones semejantes. El deseo de que los hijos participen en la fuerza de trabajo puede apreciarse en el empeño por colocarlos en alguna actividad remunerada, así como en los privilegios que se les otorgan en el seno de la familia.

Del conjunto de consideraciones acerca de las relaciones entre jóvenes y familias, es interesante sugerir la realización de un estudio más a fondo sobre la existencia de un fenómeno que en cierta forma contribuiría a formar un estrato más favorecido entre los mismos sectores populares. Spindel (1985) comprobó que en general los empleos "formales" son ocupados por jóvenes cuyas familias pertenecen a segmentos de la clase trabajadora cuyo nivel ocupacional o de ingresos trae consigo la posibilidad de acceder a las informaciones sobre las respectivas vacantes. Lo mismo se comprobó en otro estudio (Madeira, 1985b). Se encuentra con frecuencia, a hijos que trabajan con sus padres, así como a hijas con sus madres.

Spindel (1985) investigó el tema sobre la base de respuestas acerca de los criterios de los empleadores para ponerse en contacto con los jóvenes que podrían seleccionar y acerca de la forma en que el menor recibe la información sobre vacantes. "Más del 50% de las empresas grandes y medianas declararon que los menores se contrataban mediante informaciones obtenidas de los propios obreros; alrededor del 65% de los menores respondieron que habían obtenido su empleo gracias a las indicaciones de familiares o amigos. Incluso entre los menores que estaban en su segundo empleo, la proporción de los que lo habían obtenido de manera informal, en el círculo de los familiares y los conocidos, fue de 70%, lo que refuerza la tesis de la mediación del grupo familiar y de amigos en la determinación del nivel de inserción de sus miembros en el mercado de trabajo".

En otras palabras, una parte de las familias de bajos ingresos, pero con una cierta reserva de "bienes materiales y culturales" (especialmente en lo relativo a calificación en el trabajo y a cierto nivel de escolaridad), pudo beneficiarse del au-

mento de los empleos "formales" generados en este período, colocando a algunos de sus miembros en estos empleos, con lo que experimentaron cierta movilidad social medida en función del nivel de renta familiar. Por otra parte, en los casos de los grupos que se aproximan a los niveles de "pobreza crítica", con ocupación esporádica o irregular, la posibilidad de incorporar a otros miembros se presenta siempre en este mismo tipo de trabajo, lo que no significa un efectivo mejoramiento de la calidad de la vida.

A modo de conclusión, puede afirmarse que una parte de los adolescentes y jóvenes de los llamados sectores populares comenzaron a tener acceso a trabajos mejor remunerados, a una mayor permanencia en la escuela y a los medios de comunicación de masas. Con ello, accedieron también a la "adolescencia" o a la "juventud", entendidas como categorías intermedias y temporales de tolerancia de un cierto grado de irresponsabilidad, en las que no se es "ni niño ni adulto".

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, Pierre (1983): *A "juventude" é apenas uma palavra. Questões de Sociologia*. Rio de Janeiro: Editora Marco Zero Limitada.
- Braslavsky, Cecilia (1985): *Juventud y sociedad en la Argentina* (LC/R. 401). Santiago de Chile, CEPAL.
- Bruschini, Cristina (1985): *Mulher e trabalho. Uma avaliação da Década da Mulher, 1975-1985*. Informe para el Consejo Estadual de la Condición Femenina, São Paulo.
- Gouveia, Aparecida Joli (1983): O trabalho do menor, necessidade transfigurada em virtude. *Cadernos de Pesquisa*, N° 44. São Paulo, febrero, pp. 55-62.
- Humphrey, John y Helena Hirata (1984): O emprego industrial feminino e a crise econômica brasileira. *Revista de Economia Política*, vol. 4, N° 4, octubre/diciembre, pp. 89-107.
- Madeira, Felicia R. (1985a): *Os jovens e as mudanças estruturais no Brasil ao longo da década de 70* (LC/R. 443). Santiago de Chile: CEPAL.
- (1985b): La mujer joven brasileña: la experiencia de los años setenta en los sectores populares de la ciudad de São Paulo. *Mujeres jóvenes en América Latina: aportes para una discusión*. Montevideo: CEPAL/ARCA/ Foro Juvenil. [Documento presentado a la reunión de la CEPAL. "Pensar la mujer joven: problemas y experiencias preliminares". Santiago de Chile, diciembre de 1984].
- Médici, André (1984): *O mercado de trabalho brasileiro na conjuntura recente (1976-1983)*, [Documento presentado al Cuarto Encuentro Nacional de la ABEP, Aguas de São Pedro, 1984].
- Micelli, Sérgio (1984): "Entre no ar" e Belindia. *A indústria cultural hoje*. São Paulo: IDESP.
- Oliveira, M. Coleta F.A. (1976): *Família e Reprodução*. São Paulo: FAU/USP.
- Spindel, Cheywa R. (1985): O menor assalariado registrado: condições de trabalho em áreas metropolitanas. *Textos IDESP*, N° 8. São Paulo.
- UNESCO (1984): *Mujer y educación. Desigualdades educativas en América Latina*. Santiago de Chile: Oficina Regional de Educación de la UNESCO para América Latina y el Caribe (OREALC).